

ARANDA Y LOS PROBLEMAS NACIONALES

Al doctor Néstor Luis Pérez.

Sobresale el Licenciado Don Francisco Aranda entre los estadistas venezolanos que columbraron, con perspicacia política, las verdaderas necesidades de la patria; jamás el compatriota esclarecido las vio con ojos de iluso, por lo que se esmeró, en toda coyuntura, por solucionar los problemas nacionales con las pautas de la práctica, apartándose de fútiles teorías que, si al parecer, bien sustentadas científicamente, constituían, a la postre, un medio inadecuado entre nosotros.

Su afortunada idea acerca del ennoblecimiento del trabajo, similar a la de Cecilio Acosta, se adelantó a los conceptos especulativos que sirvieron de bandera de partidos en países en los que la democracia semejaba mejor una aspiración política que una realidad social; era asaz explicable su entusiasmo ante el avance civilizador de la democracia norteamericana, y así, presentó a Washington como el caudillo de un pueblo de orden y de paz, para limpio espejo de nuestras repúblicas, anarquizadas, en parte, por lo que llamara el autor del Código de Procedimientos Judiciales, con suma sutileza, la ilustración libresca; a su marøen, empero, quedaba a los pueblos de América la escuela experimental del ejemplo por el contacto con razas pobladoras habituadas al trabajo y libres por aqueste de taras sociales y de infecundos credos políticos. Surge de allí su convicción sostenida de que los vastos yermos de la América habrían de convertirse en proficuos veneros productores por el aumento de pobladores seleccionados, que, a no dudar, era la mayor preocupación de la época, la ingente necesidad de población ante el exterminio de los factores individuales de la riqueza que trajo por vituperable consecuencia la incesante pugna civil.

Cómo han confirmado las iniciativas sociales del sabio

Aranda otros pueblos americanos, dígalos el poderío político y económico de las principales Potencias continentales que recibieron, bajo los auspicios civilizadores de sus Jefes de Estado, el beneficio de la inmigración de razas latinas europeas. No ha sido el triunfo de una ideología partidaria, de un sistema impropio de gobierno lo que produjo en las democracias respetadas de nuestra América el crédito internacional de que gozan; que fue la implantación del orden administrativo que aconsejó una previsora política de inmigración, de modo que el ensayo de la adaptación de razas europeas a nuestros medios étnicos y sociales recompensara, con largueza, las enormes sumas que requería el audaz experimento.

Aranda apoyaba su criterio favorable a la inmigración de agricultores en las consecuencias económicas que provocara la abolición de la esclavitud entre nosotros, y al efecto, dice en la Exposición que dirigió al Congreso en 1857, en su carácter de Ministro del Interior y Justicia, lo siguiente: "La inmigración de extranjeros laboriosos, ocupa también actualmente la atención del Poder Ejecutivo, porque abolida la esclavitud, las empresas agrícolas e industriales de todas clases sienten una gran necesidad de brazos. La América de ahora cuarenta años sólo miró la independencia y libertad como únicos objetos de sus esfuerzos e instituciones; e hizo bien, porque eran entonces su única misión, su primer interés; pero hoy, sin olvidar esos grandes fines de su patriotismo y de su derecho constitucional, debemos poner toda atención en el aumento de la población por la inmigración, en la libertad del comercio, en los ferrocarriles y en el fomento de la industria sin trabas, como medios poderosos y eficaces para que aquellos grandes principios se consoliden y dejen de ser palabras que, aunque hermosas y queridas, de nada valdrían sin la realidad. Hoy debemos constituirnos, si nos es permitido este lenguaje, para alcanzar los bienes que sólo se tienen con población, caminos y con la libertad del trabajo en todo

género de industria. Sólo así podremos ver opulento y rico nuestro territorio”.

Estadista de la Gran Colombia, que luego de su desmembración, puso su talento y su sapiencia al servicio de Venezuela, pudo palpar el atraso de la economía republicana; y por eso alecciona con profunda visión patriótica a sus conciudadanos respecto a las insuperables ventajas que tendría la organización industrial en las incipientes democracias americanas. De la misma exposición al Congreso de 1857 son estas prudentes declaraciones: “Cuando la Inglaterra veía arder la Europa en la guerra civil, levantaba un templo a la industria y le ha rendido un culto, que obligó a los revoltosos y mal intencionados a avergonzarse de su locura, pues que la industria es amiga de la paz, el calmante por excelencia de las pasiones inmoderadas que agitan la política, y la que conduce por el bienestar y por la riqueza al orden, y por el orden a la libertad. Además la industria es un gran medio de moralización, porque facilitando los medios de vivir y de acumular, previene el delito, hijo las más de las veces de la miseria y del ocio. La Inglaterra y los Estados Unidos han llegado a su perfección moral por la industria; y los pueblos que buscando en otra fuente su prosperidad la olvidaron o menospreciaron, no han podido escapar de la pobreza, de la corrupción y del despotismo”.

Participa Aranda de avanzadas ideas sobre la influencia de lo económico en la civilización, ideas que habrían de difundir universalmente, escritores de la ideología de Norman Angell que afirmó en “La Gran Ilusión” la acción progresista del ferrocarril, a merced de la cual se lograría si no la unidad política, al menos la de la economía continental europea. Aranda se expresa de esta guisa: “Así, señores, los legisladores de Venezuela tienen la misión seria de formar y desenvolver la población de nuestro territorio y de fomentar el espíritu de empresas para tener buenas vías de comunicación terrestres y fluviales y conseguir todos los

demás beneficios que constituirán la prosperidad del país. La población en todas partes y esencialmente en América, forma la fuerza poderosa y generadora, indispensable para que se realicen y desenvuelvan todos los fenómenos de la vida efectiva de los pueblos. Por ella y para ella es que todo se agita y se multiplica en el mundo de los hechos económicos. Puede decirse que en el aumento y decadencia de la población está la medida exacta de la capacidad de los gobiernos, y que el que en América no consigue duplicar el censo de los pueblos cada diez años, ha perdido su tiempo y no ha llenado su misión. Para conseguir ese objeto debe atraer la inmigración de europeos que llevan consigo el espíritu vivificante de la civilización de su suelo, sus hábitos de industria y sus prácticas de progreso, cada europeo que viene a nuestras playas nos trae más civilización en sus hábitos que muchos libros de ciencia; pues no se comprende muy bien la perfección que no se ve, toca, ni palpa. Un escritor ha dicho, que un hombre laborioso es el catecismo más edificante”.

“El ferrocarril y el telégrafo eléctrico, que equivalen a la supresión del tiempo en el comercio y relaciones de los pueblos, cambian y reforman las cosas más difíciles y producen siempre utilidad sin decretos ni tumultos. Ellos harán la unidad de la República mejor que todos los Congresos que puedan declararla **una e indivisible**; porque sin acercarse por aquel medio sus extremos remotos, quedará siempre divisible y dividida contra todos los buenos deseos y actos del Poder Legislativo. Indudablemente, sin el uso del vapor y de la electricidad para nuestras comunicaciones, no tendríamos unidad política en países donde la distancia enerva y llega a hacer imposible la acción del poder central”.

“La unidad política debe empezar por la unidad territorial; felizmente en nuestra época el ferrocarril y el telégrafo pueden hacer de dos lugares separados por centenares de millas, uno solo”.

Con los hombres extraordinarios, de la estructura moral de Aranda, que viven en la memoria de las gentes nimbados con resplandores de inmortalidad, sí que se pudo hacer patria.

Manuel Norberto Vetancourt.